

**EXPANSIÓN DEL POPULISMO
EN AMÉRICA DEL SUR**

**ALDO CASSINELLI CAPURRO
ANDRÉS BENAVENTE URBINA**

**Nº 18
JULIO DE 2006**

EXPANSIÓN DEL POPULISMO EN AMÉRICA DEL SUR

**ALDO CASSINELLI CAPURRO
ANDRÉS BENAVENTE URBINA**

**Nº 18
JULIO DE 2006**

CARTA DEL EDITOR

En la Serie Documentos de Facultad, se publica la edición titulada “Expansión del Populismo en América del Sur”, de los profesores Aldo Cassinelli Capurro y Andrés Benavente Urbina. El primero, profesor de Riesgo Político y el segundo Coordinador del Área de Ciencia Política del Instituto de Estudios y Gestión Pública, ambos de nuestra Facultad.

Se trata de dos estudios que abordan el tema del populismo en nuestra región en cuanto fenómeno político y económico que ha recobrado fuerza en los últimos años. El artículo del profesor Cassinelli “Economía Política en América del Sur”, alude al tema del retorno a un rol central del Estado en las políticas económicas con un criterio redistributivista de corto plazo sin considerar el desarrollo como objetivo, sino la satisfacción de demandas sociales inmediatas. De otra parte, formula propositivamente, a partir del estudio de casos, tipologías de expresiones de populismo tanto en lo político como en lo económico.

El artículo del profesor Benavente “El chavismo venezolano como expresión del populismo radical”, se centra en el caso de la Venezuela actual, abordando la gestación del fenómeno, de su consolidación como opción de gobierno y de su pretensión de construir un polo de gravitación en las relaciones internacionales, especialmente en las de orden regional. El autor desarrolla el estudio en un estilo singular aprovechando su participación en varios seminarios internacionales sobre la problemática y en una visita a ese país que hizo el año pasado para recabar antecedentes en terreno, con lo cual combina sus reflexiones con las opiniones derivadas de su indagación académica.

En definitiva, el documento que presentamos es un aporte a un debate de suyo vigente, acerca de la existencia de una opción populista de gobierno, con características autoritarias –dentro de un procesalismo democrático– y con visiones confrontacionales de la sociedad; la que se contrapone con otros estilos que compatibilizan una visión de desarro-

llo y gestiones de gobierno donde la democracia es reflejo de una visión plural e integradora de la sociedad.

Patricio Gajardo Lagomarsino
Decano
Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública
Universidad Central

ECONOMÍA POLÍTICA DEL POPULISMO EN AMÉRICA DEL SUR

Venezuela como Actor Principal

Aldo Cassinelli Capurro¹

Introducción

Después de un período de coincidencias en las transformaciones políticas y económicas que se desarrollaron en América Latina, donde en el plano político se asentaba el sistema democrático luego de la preeminencia de regímenes autoritarios. En el plano económico se realizaban cambios en torno a los dictados del denominado “Consenso de Washington”, los cuales fueron aplicados en distinto grado y profundidad dependiendo del país en el cual nos situemos, pero claramente era una suerte de receta práctica que la región utilizaba para llevar a cabo aquellos cambios que dieran una mejor calidad de vida y permitieran superar la denominada década perdida que se instaló en los años ochenta en prácticamente todos los países.

Estos cambios, tanto políticos como económicos, fueron perdiendo pertinencia en la medida que las diversas crisis, principalmente de orden financiero, se fueron sucediendo en la región. Primero, el tequilazo con el cual terminó el sexenio de Salinas de Gortari en México fue el comienzo de una sucesión de caídas que afectaron a los países de diversa forma, como en este caso los principales afectados fueron Argentina –efecto tango– y Brasil –efecto caipiriña–.

Luego la crisis asiática dio un golpe certero a las economías regionales y entregó los argumentos necesarios para aquellos agentes políticos, económicos y sociales a los cuales el modelo impuesto bajo el rótulo de neo-liberalismo no satisfacía, se opusieran e intentaran articular una propuesta que les permitiera alzarse como alternativa al modelo donde el mercado tenía un gran predominio.

¹ Cuentista Político, profesor de cátedra de Riesgo Político, Universidad Central de Chile.

La crisis económica por la que atraviesa la región al finalizar el siglo XX sin duda resulta funcional para los opositores a las diversas transformaciones realizadas hasta el momento. Sin embargo, la oposición en algunos casos no se circunscribió sólo al plano económico, sino que en varios países esta se cruzó con el plano político y desde esta esfera se ha intentado revertir en parte los procesos de apertura y liberalización que en muchos casos ya estaban en marcha, y en algunos la marcha atrás ha sido significativa.

El Estado retoma su papel

De lo expuesto, lo primero que debemos rescatar es el predominio de la esfera política por sobre la económica; esto surge al analizar las diversas transformaciones y de los posteriores cambios que se han llevado a cabo en la región, todos ellos tienen su origen en el poder ejecutivo. Es desde este poder desde donde surgen las propuestas, es mediante el control de este poder que se implementan las medidas de transformación y es a través del mismo que se da pie atrás y se realizan los cambios para el refundamiento del Estado.

Al revisar las distintas experiencias de transformación, podemos constatar la existencia de un fenómeno recurrente en los procesos de reformas, como es la centralización del poder en el ejecutivo y la amplia discrecionalidad con que intervienen. Al respecto suele utilizarse un término anglo que da cuenta de este fenómeno y que no es más que el *policy style*. En tal sentido, se ha distinguido la relación que los diversos gobiernos logran establecer con los actores extra-gubernamentales, hoy denominados *stateholder*, principalmente en el proceso de formulación e implementación de las políticas públicas. Es así como vamos desde aquellos gobiernos más dispuestos a imponer sus decisiones por sobre cualquier estamento y aquellos que tienden a buscar el diseño e implementación de las políticas desde el acuerdo y la negociación con todos los posibles involucrados.

Un fenómeno relevante al estudiar las transformaciones realizadas en la región es poder reconocer los inevitables reacomodos que tales cambios van generando en los países. Existen grupos que tienden a perder poder y por lo tanto estarán más propensos a rechazar las transformaciones; en este punto se encuentran aquellos sectores que mediante su dis-

curso tienden a la defensa de derechos adquiridos y por lo tanto a la invariabilidad de dicha situación. Por otro lado están aquellos que presionan de diversas maneras para poder situarse en las instancias que les permitan beneficiarse de los cambios que se proponen y en muchos casos presionando para que así sea, lo cual nos lleva a plantearnos un fenómeno importante como es la captura del Estado. En ambos casos las autoridades encargadas de liderar los procesos de transformación deben ser lo suficientemente hábiles para lidiar con tales presiones y sin duda que una de las formas más recurrentes fue el aislamiento político de aquellas agencias que tenían a su cargo el diseño y aplicación de las reformas, como una manera de asegurar su independencia en el proceso.

No debemos olvidar que gran parte de las transformaciones y el mismo “Consenso de Washington” surgen bajo una crisis económica profunda por la cual atraviesa toda la región y es este mismo sentido de urgencia el que permite la concentración de autoridad y discrecionalidad en el poder Ejecutivo y por ende, la consiguiente reducción de poder de otras instituciones y actores del sistema político macro, como son los parlamentos o los mismos partidos políticos.

Es en estos casos en que la población esta dispuesta a dar su consentimiento, tal como Ernesto Laclau nos sugiere cuando dice que “en una situación de gran desorden la necesidad de un orden pasa a ser más urgente que el contenido concreto de este último; y cuanto más generalizado sea el desorden, tanto mayor será la distancia entre estas dos dimensiones y la gente será tanto más indiferente al contenido concreto de las formas políticas que permiten a las cosas volver a la normalidad”².

El proceso de transformación pretendió redefinir la relación entre Estado y mercado, es decir cuál es el papel que le corresponde al Estado en la economía, así como la relación entre la economía nacional e internacional, o, para ponerlo en términos más actuales, cómo es el proceso mediante el cual cada nación se integra al mundo, qué está dispuesta a entregar y qué está dispuesta a recibir como influjo externo.

Conviene en este punto señalar que en la región predominó hasta este momento del análisis, inicio de la crisis de la deuda para poner un hecho relevante a considerar, una matriz socio-política³ de carácter estatal nacional popular, la que fue descomponiéndose al experimentar

² Laclau; Ernesto: “Emancipación y diferencia”; Ed. Ariel; Argentina 1996; pág. 164.

³ Garretón, Manuel Antonio; et al.: “América Latina en el siglo XXI”; Ediciones Lom; Chile 2004; pág. 19.

un agotamiento de la estrategia de crecimiento, desarticulación de las identidades sociales, deslegitimación de la estrategia representativa y rechazo de los cánones de expresión cultural.

Bajo estas condiciones se dio paso a las transformaciones que, como se dijo, en mayor o menor medida se aplicaron en la región. Sin embargo, las ya mencionadas crisis económicas internacionales, así como la mala aplicación de muchas de las medidas de cambio y en no pocos casos un alto grado de corrupción no permitieron que estas acciones lograran madurar, generando un alto grado de rechazo de sectores importantes de los diversos países. En la actualidad algunos han señalado el agotamiento de las medidas relacionadas con los procesos de apertura y liberalización, lo que ha generado dos corrientes de pensamiento muy definidas: aquella que cree en la necesidad de realizar reformas a las reformas, y otra que cree en el cambio de orientación del modelo aplicado hasta ahora.

Esta parte del estudio se concentra en la última alternativa, es decir aquellos procesos que tienden a dejar de lado el modelo en el cual el mercado se constituye como el espacio de interacción y el que regula la relación de los distintos agentes, es decir, aquel donde el tan nombrado decálogo del “Consenso de Washington” deja de ser relevante.

En la actualidad este fenómeno se ha denominado neo-populismo. Intentaremos aproximarnos a una definición operacional de dicho concepto en el plano económico y los fundamentos que lo sustentan. Para ello nos concentraremos principalmente en Venezuela con el presidente Chávez, al cual sumaremos algunos países y gobiernos, como el de Bolivia con la asunción de Morales y Argentina con Kirchner como primer mandatario, sin perjuicio de abarcar, por necesidad metodológica o explicativa, otras naciones de la región y períodos temporales.

Algunas Nociones sobre Populismo desde la Politología

Basado en sus elementos prácticos o factuales el populismo puede describirse como un hiperdemocratismo, en el entendido que tiende a idealizar la imagen de unos ciudadanos activos y participativos, siendo este el elemento central del concepto, además de recelosos de los sistemas de representación que presuntamente amenazan su capacidad de iniciativa y acción, entregándola a otras instancias.

Ante esta doble crítica que surge frente a la élite dominante y la representación, el populismo busca justificar un proyecto político de gobierno centrado en la reducción de la distancia entre el pueblo y quienes gobiernan. Es decir, se induce la figura de una democracia directa dirigida a favorecer a los ciudadanos activos, aquellos que se movilizan para que sus demandas sean incorporadas en la agenda política. De ahí que para el populismo la herramienta principal de su concepción de democracia sea el “referéndum” y más específicamente la iniciativa popular, por cuanto le permite saltar las mediaciones políticas, siendo este uno de los factores relevantes a la hora de identificar un modelo de rasgo populista.

Para algunos, el populismo es un movimiento capaz de movilizar grandes masas de personas y la única fuerza política capaz de transformar la sociedad de manera rápida. Mientras que para otros, es un movimiento demagógico, oportunista y manipulador que tiende a poner en jaque el sistema democrático que por lo general le dio acceso al poder para desarrollar sus propuestas.

Una noción sobre este concepto es que el populismo implica una forma de actuación, es decir la forma que revisten determinados discursos políticos dentro de la democracia y a partir de esa definición es posible considerar la confluencia de algunos factores que caracterizan el discurso y la conducta política de los actores llamados populistas, como es el predominio del carisma personal del líder en la representación política; la debilidad de los mecanismos institucionales formales en los partidos políticos respecto de las decisiones del caudillo; influencia de factores culturales en el intercambio político, esto es, que las relaciones clientelares entre líder y seguidores están matizadas por elementos simbólicos y emocionales; y, finalmente, precariedad de la ideología en la conformación de identidades políticas, lo que no evita que nuevas demandas y nuevas identidades sociales sean incorporadas a la política a través de estos liderazgos, ampliando la capacidad representativa de la democracia.

Como vemos, un factor cruza toda la gama de definiciones y aproximaciones al concepto de populismo, cual es la ausencia o precariedad de instituciones políticas y en especial de un sistema de partidos que sea representativo y apreciado por los ciudadanos como tal; ante esta

ausencia no es criticable la solución mesiánica de los problemas y demandas de la población mediante liderazgos carismáticos.

Siendo así, no es extraño que los hábiles políticos de la región desplieguen discursos, que no son otra cosa que lo que quieren oír las clases menos favorecidas, que por cierto son la mayoría. Sin embargo, esto en muchos casos se encuentra muy alejado de lo que realmente necesitan ellas para salir de su condición de pobreza. Esta manera de hacer política, la que persigue distribuir los ingresos actuales, basado en una falsa pretensión de igualdad, solo resulta válida cuando existe algo que repartir o hasta el momento que esta fuente se termine.

Es así como se puede explicar la aceptación de la población a esta nueva forma de enfrentar la actividad del gobierno, en el entendido que tiene esperanzas depositadas en su nuevo líder, el cual ha de legitimarse a través de la eficacia, lo que no es otra cosa que la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría; en este punto se vincula con la actuación real del gobierno y de los grupos de poder claves, lo que nos deriva a otros conceptos básicos de la ciencia política actual, como son la gobernabilidad y la gobernanza. Siendo la primera en su sentido más restringido, la capacidad de gobernar gestionando los recursos del Estado de manera eficiente y formulando e implementado políticas y regulaciones que den sustento a las interrelaciones socio-económicas de los ciudadanos; y la segunda, el entramado institucional que permite que se gobierne en clave de multi-nivel y de red, donde formulación e implementación de las políticas públicas se producen en arenas distintas, por actores con capacidades y preferencias diversas; en concreto estos actores son aquellos definidos como estratégicos, lo que induce a suponer su dimensión normativa.

Al llegar a este punto surge con fuerza el concepto desarrollado por Guillermo O'Donnell sobre las democracias delegativas, el que se refiere a situaciones en las cuales existiría una tendencia del electorado a votar por líderes que asumen un rol de "salvadores de la patria" en escenarios de crisis. Estas democracias se caracterizan por elegir líderes providenciales que los releven de sus responsabilidades frente a situaciones críticas. Entre los componentes que hacen común el término con el populismo surgen los caudillistas, plebiscitarios y no institucionales. Este concepto ha sido utilizado preferentemente para la caracte-

rización de la democracia en Argentina y en Perú en los años '90, pero no se adecuaría a regímenes de otros países de la región.

A esta altura ya tenemos claro que para que el populismo se instale en un país y alcance el poder político requiere a lo menos de la existencia o no existencia de instituciones sólidamente asentadas o al menos respetadas y aceptadas por la ciudadanía. Entre las instituciones relevantes para la defensa de una democracia representativa eficiente y legitimada por la población se requiere de partidos políticos que sean capaces de cumplir con su función mediadora entre la ciudadanía y el gobierno, así como ser generadores de cuadros capaces de gobernar en su momento. En ausencia de esta condición, la población no tendrá miramientos en desprestigiar o sumarse al desprestigio que sobre la actividad política se quiera hacer, pavimentando el camino para que liderazgos mesiánicos se instalen en el ideario colectivo con el fin de gobernar.

Ante un escenario de frustración y agresividad, ya lo decía Ludolfo Paramio respecto de la política democrática, “se desvaloriza radicalmente su funcionamiento y se pone en cuestión los mecanismos de representación. Independientemente de las limitaciones reales que pudieran mostrar los partidos y las autoridades, se convierten en el chivo expiatorio de las frustraciones sociales, y casi el único consenso social se produce en torno a la necesidad de castigarlos... De que es necesario cambiar a toda la clase política”⁴. Será esta situación de extrema debilidad la que puede dar bases para el surgimiento del populismo.

En este plano, parece un contrasentido la existencia de una democracia consolidada y un gobierno populista; para el último no existe mediación, no le interesan las instituciones a menos que le sean funcionales a sus intereses y en ese caso lo más probable es que las cree a su medida y antojo, estableciendo de esa manera un sistema eficaz al cumplimiento de sus objetivos políticos.

Por cierto que en las democracias actuales existen distintas formas de hacer que los gobernantes y las autoridades en general tiendan a hacerse responsables de sus acciones y omisiones; esta sería una de las diferencias con un gobierno de corte populista, el cual por lo general y como ya lo dijimos, no da cuenta de sus actuaciones y crea instituciones a su medida para que avalen y respalden su gobierno.

⁴ Paramio, Ludolfo: “Reforma del Estado y desconfianza política”; Instituto de Estudios Sociales Avanzados; Doc. de Trabajo 02-22; Madrid 2002; pág. 14.

Tipología del Populismo desde la Economía

Siguiendo una tipología propuesta por Sebastián Edwards⁵, existirían tres tipos de populismo, aclarando que estas ideas provienen de la vertiente económica del análisis. El primero se denomina populismo macroeconómico; el segundo, populismo microeconómico; y el tercero es el populismo de la inacción.

En el caso del populismo macroeconómico, que sería el más común de encontrar en la historia de la región, pero ausente en los últimos años –podríamos decir que algo se ha aprendido del tan menospreciado decálogo del Consenso de Washington–, tenemos claros desequilibrios en los indicadores relevantes de la economía, como son la inflación y el gasto por sobre las posibilidades del gobierno, lo que genera inevitablemente déficit fiscal.

Esta euforia generada por el incremento del gasto público se traduce en inflación, potenciales crisis cambiarias y posible caída en los salarios reales de los trabajadores; es decir, una solución momentánea con un alto costo para el futuro de las personas, que precisamente sería para quienes está dirigida tal tipo de política. En este caso, la gran pregunta que queda y Venezuela es un gran ejemplo en este punto, es qué sucederá cuando los precios de los commodities caigan y los ingresos de los Estados disminuyan.

El segundo tipo de populismo es microeconómico, aquí nuevamente Venezuela surge como un claro ejemplo, pero tanto Argentina como Bolivia no permiten que este solo. Lo relevante en este punto son las nacionalizaciones totales o parciales en sectores relevantes de la economía; no interesan aquellos sectores deficitarios sino aquellos donde ya hay inversiones realizadas y los beneficios también son inmediatos, por ejemplo el petróleo en Bolivia y Venezuela. En estos casos lo apetecido por el gobernante de turno es poder tomar una parte de la mayor renta que se obtiene en una industria o sector económico en particular. De ahí la modificación de contratos, el cambio en la estructura impositiva u otro mecanismo para lograr alcanzar ese diferencial de renta.

Se ha dicho que una de las mayores ventajas comparativas que tienen los burócratas de gobierno es su capacidad para inventar trabas al

⁵ Edwards, Sebastián: “El futuro económico de América Latina: ¿de la esperanza al pesimismo?; Aniversario Libertad y Desarrollo; Chile; mayo 2006.

libre intercambio de bienes e iniciativa de las personas. Pues bien, en este tipo de populismo surge en su mayor esplendor esta gran capacidad para crear y aplicar impuestos directos o indirectos a las más diversas actividades, con el manifiesto pretexto de establecer fondos solidarios para que sean repartidos entre los más desposeídos de cada país.

A esta altura los controles de precio ya son una práctica habitual del gobierno, llegando incluso a situaciones extrañas como es el control a la carne argentina. Esto tiene que ver con los incentivos que el Estado en definitiva pone a las personas, los que van desde el plano netamente económico comercial a aquellos más asociados a la carga conceptual que tienen ciertas actividades. Por ejemplo, si estoy planteando cada día que los empresarios son unos explotadores que se aprovechan de las necesidades del resto, pocos estarán dispuestos a ser empresarios; por cierto que estos controles resultan en distorsiones de la economía, a la vez que pueden llegar incluso a violaciones menores y sistemáticas al derecho de propiedad.

Por último, el populismo de la inacción es más amplio que los anteriores y se basa en la búsqueda de excusas para no implementar reformas por todos reconocidas como necesarias pero impopulares para la población. Este tipo de políticas o antipolíticas es el más extendido en la región; el problema que genera esta inacción es que la región se encuentra inserta en un contexto mundial y competimos con muchos países que sí están haciendo las cosas mejor que nosotros y por lo tanto captando los recursos que están en el mercado internacional. Esto implica reconocer que sin crecimiento no hay posibilidades de desarrollo y menos de igualdad; la idea no es un afán redistributivo per se, es un proceso de incorporación de la población a los beneficios del desarrollo en general. No basta con tener una población educada si no tiene posibilidad de encontrar trabajos de calidad; no se saca nada con tener buenos sistemas de protección social si es imposible financiarlos en el largo plazo. Por tanto diremos que lo relevante no es tan solo alcanzar niveles aceptables de igualdad social, ya que el camino fácil es nivelar hacia abajo, sino crear instancias que permitan y aseguren la movilidad social; ese es el punto crucial de la discusión actual.

Camino a un Nuevo Cambio

Como dijimos, mientras la economía estaba bien el apoyo a las reformas se mantenía por parte de los distintos agentes políticos, económicos y sociales, y los costos se asumían como un trago amargo del cual bebíamos para poder salir fortalecidos de la situación crítica en que nos encontrábamos. Pero cuando aquel mal trago se empezó a hacer permanente, los cuestionamientos no demoraron en llegar y la evidencia del aumento de la pobreza y la desigualdad dieron paso a gobiernos que orientaron sus políticas en otra dirección.

Venezuela, si bien en ningún momento adhirió completamente al modelo neoliberal, sí fue el primer país en dar un giro en dirección contraria al mercado. Con la llegada del presidente Hugo Chávez en 1998 y las sucesivas reformas al sistema político y económico se ha ido construyendo un nuevo espacio de relaciones entre los diversos agentes del país.

Podemos ver la importancia que se le asigna a la empresa privada en los países de la región. No deja de llamar la atención el gran apoyo que tiene en algunos países como Chile, Uruguay y Venezuela, los que se encuentran sobre el promedio regional. Por otro lado, no sorprende que Bolivia, Ecuador y Argentina se encuentren en los últimos lugares. No debemos olvidar la situación que vivió y vive Argentina por el tema del gas, falta de inversión y suministro de gas, tanto para el consumo interno y para exportar al mercado chileno, lo cual avalado por la opinión del gobierno actual hace que la empresa sea el gran responsable de la crisis vivida, desconociendo que esta se mueve por los incentivos que el propio Estado entrega para que los particulares realicen las inversiones necesarias para satisfacer la demanda de la población.

El gobierno venezolano aprovecha de muy buena manera el desencanto generado por las diversas políticas neoliberales aplicadas desde finales de la década de los ochenta. El problema es que desde la llegada de Chávez al poder, la economía del país ha enfrentado una profunda inestabilidad que ha pasado de caídas del ingreso per capita de $-7,8\%$ en 1999, $-10,5\%$ en el 2002 y $-9,3\%$ el 2003, para pasar a tener un crecimiento del $15,8\%$ el 2004 y de algo más de 7% el 2005. Sin duda que el alto precio del petróleo ha contribuido de manera importante a este crecimiento, lo que también se refleja en la acción de programas sociales desarrollados por el gobierno para llegar a las personas más

pobres de la población. Sin embargo un factor relevante a la hora de proyectar las posibilidades de la economía de un país está dado por el nivel de inversión que este tiene, sea pública o privada, nacional o extranjera, este factor es el que le da sustentabilidad al crecimiento económico y es precisamente en este punto donde Venezuela, a pesar de los enormes ingresos generados en los últimos dos años, no logra tasas relevantes para pensar que pasado este extraordinario momento en la economía internacional su crecimiento continuará, a ritmo menor pero constante, y la brecha entre el producto potencial y el real será pequeña.

A continuación se presenta una serie de datos respecto del producto interno bruto de los países de la región. En esta serie que se inicia en 1997 y culmina con las cifras preliminares del año 2005 dan cuenta de las variaciones a las cuales ha estado sometida la actividad económica en el continente.

En parte, se puede decir que uno de los grandes defectos de lo ocurrido en la última década en materia económica es la gran volatilidad que se ha dado, lo que reflejan a cabalidad los datos expuestos. Esta volatilidad implica para las personas una incapacidad de poder proyectar su vida en un futuro cada día más incierto; tenemos claro que el mundo se mueve a gran velocidad y los cambios son inevitables, pero también entendemos y así lo asume la población, que la autoridad política tiene las herramientas, el conocimiento y la voluntad de hacer que tales variaciones sean para beneficio de las personas y es en este punto donde las respuestas de los distintos gobiernos han sido incapaces de satisfacer las demandas de la gente.

Podemos decir que no es tan solo el bajo o nulo crecimiento lo que hace a las personas tener una visión crítica sobre el modelo de mercado, sino también la falta de proyecciones ciertas las que causan el sentimiento de malestar frente a las transformaciones. Entendemos pues, que tal malestar recae no solo en el rechazo al modelo que se intenta aplicar, sino también a las autoridades que lo aplican.

Desde esta lógica, el actual gobierno venezolano, captando la gran brecha existente, se relaciona de manera estrecha en intentar acercar los beneficios económicos inmediatos con las demandas de la población, y desde este escenario es que debemos intentar entender el fenómeno del

presidente Hugo Chávez: cómo un país que siempre se ha considerado “rico” al contar con un producto de exportación como el petróleo, podía tener una población dispuesta a cometer actos como el denominado “caracazo” el 1989, donde la barriada bajó a la ciudad y arrebató lo que pudo en una muestra de desesperación colectiva. Aún estamos lejos de los hechos de cambios de modelo o aplicación de medidas de corte liberal, ni pensar todavía en la existencia de un gobierno de corte populista.

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PRODUCTO INTERNO BRUTO (Tasas anuales de variación)									
	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005 ^a
América Latina y el Caribe	5.5	2.6	0.4	3.9	0.3	-0.8	2.0	5.9	4.5
América Latina	5.5	2.5	0.3	4.0	0.3	-0.8	1.9	6.0	4.5
Argentina	8.1	3.9	-3.4	-0.8	-4.4	-10.9	8.8	9.0	9.2
Bolivia	5.0	5.0	0.4	2.5	1.7	2.5	2.9	3.9	4.1
Brasil	3.3	0.1	0.8	4.4	1.3	1.9	0.5	4.9	2.3
Chile	6.6	3.2	-0.8	4.5	3.4	2.2	3.9	6.2	6.3
Colombia	3.4	0.6	-4.2	2.9	1.5	1.9	3.9	4.8	5.1
Costa Rica	5.6	8.4	8.2	1.8	1.1	2.9	6.4	4.1	5.9
Cuba ^b	3.0	1.8	3.8	5.4	11.8
Ecuador	4.1	2.1	-6.3	2.8	5.3	4.2	3.6	7.6	3.9
El Salvador	4.2	3.7	3.4	2.2	1.7	2.3	2.3	1.8	2.8
Guatemala	4.4	5.0	3.8	3.6	2.3	2.2	2.1	2.7	3.2
Haiti	2.7	2.2	2.7	0.9	-1.0	-0.3	0.4	-3.5	1.8
Honduras	5.0	2.9	-1.9	5.7	2.6	2.7	3.5	5.0	4.1
México	6.8	5.0	3.8	6.6	0.0	0.8	1.4	4.2	3.0
Nicaragua	4.0	3.7	7.0	4.1	3.0	0.8	2.5	5.1	4.0
Panamá	6.4	7.4	4.0	2.7	0.6	2.2	4.2	7.6	6.4
Paraguay	3.0	0.6	-1.5	-3.3	2.1	0.0	3.8	4.1	2.9
Perú	6.9	-0.7	0.9	3.0	0.2	5.2	3.9	5.2	6.4
República Dominicana	8.1	8.3	6.1	7.9	2.3	5.0	-0.4	2.7	9.2
Uruguay	5.0	4.5	-2.8	-1.4	-3.4	-11.0	2.2	11.8	6.6
Venezuela (República Bolivariana de)	6.4	0.3	-6.0	3.7	3.4	-8.9	-7.7	17.9	9.3

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de cifras oficiales convertidas a dólares a precios constantes de 2000.

^a Cifras preliminares.

^b Sobre la base de los nuevos cálculos de cuentas nacionales, elaborados por la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE) de Cuba.

En términos concretos, tras su elección el 1998 y posterior confirmación en el cargo el 2004 mediante el referéndum revocatorio, se dio inicio a un proceso en el plano político que tiene hitos relevantes, como el proceso de expropiación de haciendas que el propio gobierno considera improductivas, las cuales son entregadas a campesinos para su cultivo; una versión moderna de las antiguas políticas de reforma agraria.

La fijación de precios es otra estrategia seguida por los gobiernos venezolano y argentino; en este caso se intenta frenar el incremento de la inflación a la vez de mantener accesibles los productos para la población menos pudiente.

También ha sido importante, por la relevancia del sector y los ingresos que genera, la renegociación de los contratos con las empresas extranjeras que explotan hidrocarburos en el país, no debemos olvidar que los ingresos generados por las exportación del petróleo y sus derivados representan más del 80% de todo lo que exporta Venezuela, a la vez que significan casi el 50% del presupuesto público de la nación.

El giro estatista con que el gobierno del presidente Chávez conduce al país se ve reflejado en la Constitución Política, aprobada por una amplia mayoría en 1999, ya que declaró sectores económicos relevantes como monopolios estatales, restringiendo la posibilidad de inversión por parte de los privados. También carece de mecanismos y normas que permitan efectuar una defensa de la propiedad y menos de las libertades económicas.

Al respecto existe una alta discrecionalidad por parte del gobierno, lo que se refleja en el lenguaje de las autoridades; el Ministro de Energía y Petróleo⁶ señala, al referirse a la modificación de los contratos que afecta a las multinacionales, que las empresas tendrán que vivir con la incertidumbre fiscal o irse del país.

Para ser más concreto con los antecedentes, expondremos algunos elementos destacados del programa de gobierno, fundamentalmente en el campo económico.

Partiremos con un pequeño diagnóstico en el cual se señala que la “sociedad venezolana se sigue caracterizando por la presencia de un Estado cuya capacidad para administrar los recursos provenientes de la explotación petrolera, determina en gran medida lo que ocurre internamente... La dependencia del petróleo permanece como un rasgo estructural que ha determinado la orientación de la economía nacional”⁷.

Realizado tal análisis, lo importante surge de la definición de un modelo de economía humanista, autogestionaria y competitiva, el que se extrae del mismo programa de gobierno.

“El modelo económico vigente ha generado en el país una desigual distribución de la riqueza, manteniendo a amplios sectores de la población en niveles de pobreza y restringiendo su incorporación al aparato productivo. Dicho modelo se orientó por un privilegio al lucro y al

⁶ Diario Financiero; Chile 21/04/2006.

⁷ Programa de Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela. www.mpd.gov.ve

enriquecimiento en un primer momento y posteriormente, al mantenimiento y desarrollo de indicadores macroeconómicos. Todo ello en desmedro de las condiciones de vida del venezolano y en perjuicio de las condiciones ambientales y la calidad de vida de las comunidades que integran el país.

Ante esto se hace necesario desarrollar un modelo económico que permita la producción global de riqueza y la justicia en su disfrute. Para alcanzar el objetivo de construir una sociedad equitativa, justa y próspera es necesario establecer una economía **humanista, autogestionaria y competitiva**.

Un sistema económico humanista que ubique al hombre como centro de su atención y razón de ser y que permita condiciones dignas de vida, posibilitando a los venezolanos la satisfacción de sus necesidades en correspondencia con su capacidad y esfuerzo. En un modelo económico humanista, la preservación del medio ambiente en condiciones sustentables para la biodiversidad y la garantía de condiciones de trabajo seguras, son aspectos vitales para la vida en comunidad. Para que esto sea posible es necesario asegurar un nivel adecuado de ingreso real para la familia venezolana.

Un sistema económico autogestionario que estimule la democratización económica y las formas organizativas alternas, como cooperativas y otros tipos de asociación, que complete el diseño de una dinámica productiva interna basada en la diversificación de la producción y que permita agregar valor a las mercancías, ahorrando divisas y generando fuentes de empleo”.

En cuanto a la forma operativa que ha tenido el gobierno de utilizar los actuales niveles de ingreso provenientes principalmente de las ventas del petróleo es que en julio de 2005, la Asamblea Nacional aprobó la ley del Banco Central de Venezuela (BCV), en virtud de la cual se estableció que Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), una de las mayores productoras de petróleo del mundo, dejaría de estar obligada a vender todos sus dólares a esta institución y que solamente debería vender la cantidad necesaria para solventar sus compromisos en bolívares. Los dólares remanentes se destinarían a capitalizar el Fondo Nacional de Desarrollo (FONDEN), creado en 2005. Asimismo, y conforme a un artículo transitorio incluido en la mencionada ley, se estableció que el banco central transferiría por única vez al poder ejecutivo 6.000 millo-

nes de dólares provenientes de las reservas internacionales, que se trasladaron posteriormente al FONDEN. De acuerdo con una reinterpretación de la ley, la Asamblea Nacional también aprobó una transferencia adicional a dicho fondo de 4.200 millones de dólares provenientes de las reservas internacionales del banco.

No es posible hablar de la situación venezolana y de la utilización de los recursos económicos sin entrar en los programas sociales; las “Misiones” son obras financiadas por el Estado y que tienen por objeto favorecer a la población en condición de pobreza o extrema pobreza y se desarrollan en los ámbitos de la salud, educación y empleo.

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA NETA ^a									
(En millones de dólares)									
	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005 ^c
América Latina y el Caribe	57 599	63 677	79 921	70 308	64 606	44 443	34 661	43 726	47 886
Argentina ^d	5 507	4 965	22 257	9 517	2 005	2 776	878	3 832	3 505
Bolivia	728	947	1 008	734	703	674	195	63	-280
Brasil	16 608	29 192	26 866	30 496	24 715	14 108	9 894	6 339	12 550
Chile	3 809	3 144	6 203	873	2 590	2 207	2 701	5 646	4 764
Colombia	4 753	2 033	1 392	2 069	2 509	1 283	820	2 975	5 569
Costa Rica	404	608	614	400	451	625	548	557	696
Ecuador	724	670	648	720	1 330	1 275	1 555	1 160	1 530
El Salvador ^e	59	1 103	162	178	289	496	123	430	300
Guatemala	64	673	155	230	456	111	131	155	198
Haití	4	11	30	13	4	6	14	6	10
Honduras	122	99	237	262	193	176	247	325	272
México ^f	12 631	11 697	13 631	17 588	22 747	17 364	12 930	14 242	11 884
Nicaragua	203	218	337	267	150	204	201	186	230
Panamá	1 299	1 203	864	624	467	99	771	1 012	1 027
Paraguay	230	336	89	96	76	12	22	45	113
Perú	2 054	1 562	1 812	810	1 070	2 156	1 275	1 816	2 519
República Dominicana	421	700	1 338	953	1 079	917	613	758	699
Uruguay	113	155	238	274	291	160	401	315	605
Venezuela (República Bolivariana de)	5 645	3 942	2 018	4 180	3 479	-244	1 341	1 866	1 497

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de cifras proporcionadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y por entidades nacionales.

^a Corresponde a la inversión directa en la economía declarante, deducida la inversión directa de residentes de esa economía en el exterior (ambas sin considerar las desinversiones). Incluye reinversión de utilidades.

^b Conforme a la quinta edición del *Manual de Balanza de Pagos* del FMI, todas las transacciones entre empresas no financieras de inversión directa y sus empresas matrices y afiliadas se incluyen como inversión directa.

^c Cifras preliminares.

^d Esta partida para 1999 incluye el valor de la inversión de REPSOL en Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Parte de este monto corresponde a la compra de acciones de la empresa en poder de no residentes. El valor de estas últimas da origen en la balanza de pagos a un débito en la partida de inversión de cartera.

^e A contar de 1996 las cifras no son comparables, debido a que hasta 1997 no existía registro oficial.

^f En el año 2001, incluye el valor de la inversión de Citigroup en Banamex; en el 2004, incluye la inversión en Bancomer.

Para concluir este punto, en el cuadro que precede a este párrafo se puede ver el volumen de la inversión extranjera directa que ha recibido cada uno de los países de la región. Destacan los casos de Venezuela el año 2002 y Bolivia el 2005, lo que daría cuenta del impacto de la variable política en el plano económico.

Escenario Político Venezolano

El presidente Chávez captó el debilitamiento en que se encontraba el Estado al finalizar la década de los noventa; así como el descrédito en que habían caído los partidos políticos, las organizaciones sindicales y otras instituciones de orden corporativo, lo que según su interpretación daban como resultado la pérdida de gobernabilidad y la existencia de agudos problemas sociales no resueltos.

La estrategia política del gobierno consiste en generar una fuerte dicotomía entre los partidarios de Chávez (nosotros) y la oposición (ellos). Esta polarización, si bien fomenta los efectos esperados en el corto plazo, como es la lealtad al movimiento chavista, también intensifica el rechazo que en los sectores ahora excluidos produce, lo cual puede limitar la capacidad de entendimiento en el futuro. Este efecto se pudo apreciar de manera notoria en las manifestaciones a favor y en contra del mandatario, las que se llevaron a efecto en el año 2002, durante el intento de golpe de abril de ese año. Las movilizaciones mostraron la gran distancia que existía entre la clase acomodada y la clase baja, estos últimos defendieron personalmente al gobierno que se intentaba derrocar. Las masas populares rodearon el palacio de gobierno, así como las bases militares para exigir la liberalización del presidente. Esto demostró al gobierno que no sólo contaba con una base electoral que le permitía hacer las transformaciones bajo el amparo de la legalidad, sino que también contaba con el compromiso de un importante sector de la población.

Según el historiador Steve Ellner⁸, esta situación de respaldo está fundamentada en la credibilidad de su anti-neoliberalismo por parte de la clase baja, principal perjudicado con la aplicación de los atisbos de apertura y principal beneficiado con la política actual del gobierno. Este rechazo al neo-liberalismo queda plasmado en la Constitución de 1999, la cual, por ejemplo, prohíbe la venta de acciones de PDVSA, garantizando su control en manos estatales.

Un elemento a destacar y que hace la diferencia entre esta situación que vive el presidente Chávez y otros intentos de transformación que se han intentado realizar en el pasado es la conjunción de tres poderosos factores: el primero, a saber, es el gran apoyo social que posee el mandatario en términos personales y que le permite conectarse con la

⁸ Ellner, Steve: "Respuesta al debilitamiento del Estado y la sociedad venezolana en la época de Hugo Chávez"; Revista Política; N° 42, otoño 2004.

población de manera directa, sin intermediarios; el segundo factor es la acumulación del poder político en la figura del mandatario, la posibilidad de equilibrios o check and balance entre los distintos poderes del Estado se encuentran sumidos en una profunda ausencia; por último, y este factor se viene a constituir como fenómeno relevante desde el año 2005 en adelante, es el alto precio del petróleo, lo que le entrega al presidente un caudal de recursos para realizar sus acciones, sea de propaganda o de política social.

El factor consecuente del incremento de los ingresos por el mayor precio del petróleo, que se instala en el escenario del gobierno venezolano, genera una dicotomía, que vista desde afuera presenta serios rasgos de política populista o al menos de una estrategia de sometimiento de la población al Estado. Por una parte esos recursos son utilizados para realizar una labor de apoyo vecinal, en concreto es el apoyo en términos de comprar bonos del Estado Argentino o la proyección de inversiones en Bolivia, sin necesariamente tener una lógica de eficiencia en la utilización de los recursos o de rentabilidad de las inversiones, sino que la decisión se toma por consideraciones netamente políticas, las que no se sustentan en el plano económico. Esto no contradice nuestra afirmación en cuanto a que las decisiones económicas tienen un componente importante de racionalidad política, en este caso la decisión es netamente política y se funda en la abundancia de un recurso que hoy es económico, pero que pudiera ser el uso de la fuerza, por ejemplo.

El otro elemento a considerar es la consolidación de una base de apoyo social que se mantiene en niveles estables de pobreza, ya que su condición para considerar que los beneficios que me otorga el Estado son elevados resulta de la baja apreciación que se tiene de los beneficios que se puede obtener de participar en el mercado. Esta lógica clásica del clientelismo por lo general acompaña a los gobiernos populistas, los cuales de esta forma aseguran su apoyo, sea electoral o de defensa del proyecto en el cual están embarcados. Por su parte, este fenómeno del clientelismo resulta ser además de un “mecanismo de mediación o control político, un mecanismo para el acceso a bienes públicos escasos”⁹. Este puede hacernos pensar en lo inestable del apoyo por la vía clientelar, ya que esta sólo permanecerá en la medida que exista algún bien apreciado por la población, el cual está en manos de la autoridad para ser repartido. En el momento que no exista tal bien o la población cambie sus intereses, tal apoyo puede disminuir o desaparecer.

⁹ Paramio, Ludolfo: “Reforma del Estado y reforma política”; Instituto de Estudios Sociales Avanzados; Doc. de Trabajo 04-06; Madrid 2004; pág. 8.

Reflexiones Finales a Modo de Conclusión

Pareciera que en la actualidad las cosas marchan mucho mejor que hace unos años atrás y que esta situación no debiera cambiar, por lo menos para peor. Esto es lo que reflejan las cifras económicas en su totalidad, luego de la crítica situación vivida entre los años 2001 al 2003, al menos los indicadores macroeconómicos se han mantenido muy sólidos, lo que podría ser muestra de haber encontrado un camino que conduzca a la sociedad venezolana al desarrollo social tan ansiado, aquel que desde el crecimiento económico sustentable se expande a otros ámbitos de la sociedad y permite decir con propiedad que el país avanza a un mejor porvenir.

Sin embargo, podemos pensar que algunas de las variables con las cuales se hace el análisis no serán permanentes y por ello la proyección de tal situación no es posible hacerla en el largo plazo. En concreto, si bien Venezuela en particular, pero esto es extensivo a prácticamente todos los países de la región, se mueven bajo una variable que no manejan que es la demanda y el precio de sus productos de exportación, hoy tales valores están en niveles históricos, sólo superados un par de veces en una centuria, sin embargo la posibilidad que se mantengan por un período de mediano a largo plazo es muy bajo y las condiciones de liquidez en los mercados internacionales también está próxima a llegar a su fin, lo que afectará a todos los países del continente.

Trasladado de nuevo al campo político, los afanes clientelares y las distribuciones de riqueza que hoy se hacen con tal grado de apoyo popular serán imposibles de realizar en un contexto de escasez, lo que traerá consigo un incremento de las demandas sociales en contra del aparato estatal, sin embargo ante tal incapacidad la población reaccionará y esta reacción no sabemos de qué manera será canalizada.

Si en cambio se viera una permanente implementación de medidas que permitan incrementar el capital disponible en cada país estaríamos más confiados en el futuro. Este capital viene de la tradicional inversión en infraestructura física, pero fundamentalmente en el capital social que se requiere hoy y que con mayor razón se requerirá mañana para hacer frente a los mayores niveles de competitividad a los que nos veremos enfrentados. Esta es una constante y existen momentos que deben ser aprovechados para su realización y en muchos casos pareciera existir un desprecio por tal futuro y más bien una mirada en reversa o a lo menos ambigua.

Bibliografía

Libros

Laclau; Ernesto: “Emancipación y diferencia”; Ed. Ariel; Argentina 1996.

Garretón, Manuel Antonio; et al.: “América Latina en el siglo XXI”; Ediciones Lom; Chile 2004.

Torre, Juan Carlos: “El proceso político de las reformas económicas en América Latina”; Ed. Paidós, Argentina 1998.

Benavente, Andrés; Cirino, Julio: “La democracia defraudada”; Ed. Grito Sagrado, Argentina 2005.

Artículos

Paramio, Ludolfo: “Reforma del Estado y desconfianza política”; Instituto de Estudios Sociales Avanzados; Doc. de Trabajo 02-22; Madrid 2002.

Edwards, Sebastián: “El futuro económico de América Latina: ¿de la esperanza al pesimismo?; Aniversario Libertad y Desarrollo; Chile; mayo 2006.

Ellner, Steve: “Respuesta al debilitamiento del Estado y la sociedad venezolana en la época de Hugo Chávez”; Revista Política; N° 42, otoño 2004.

Paramio, Ludolfo: “Reforma del Estado y reforma política”; Instituto de Estudios Sociales Avanzados; Doc. de Trabajo 04-06; Madrid 2004.

Aboy Carles, Gerardo: “Repensando el populismo”; Ponencia presentada al XXIII Congreso Internacional de Latin American Studies Association; Washington 2001.

Stiglitz, Joseph: “El rumbo de las reformas. Hacia una nueva agenda para Latinoamérica”; Revista de la CEPAL N° 80; Agosto 2003.

Documentos

Programa de Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela, Ministerio de Planificación y Desarrollo www.mpd.gov.ve

Diarios

Diario Financiero (Chile)

Estrategia (Chile)

El Mercurio (Chile)

El Universal (Venezuela)

El Nacional (Venezuela)

Sitios de Internet

www.aporrea.org

www.mpd.gov.ve

www.latinobarometro.org

www.cepal.org

www.analitica.com

EL CHAVISMO VENEZOLANO COMO EXPRESIÓN DEL POPULISMO RADICAL

Andrés Benavente Urbina¹⁰

1. Del rentismo clásico y populismo chavista

En septiembre de 2005, visité Venezuela con el propósito de presentar el libro “Democracia Defraudada. Populismo Revolucionario en América Latina”, del que soy coautor junto con el académico argentino Julio Cirino. La entidad organizadora era CEDICE (Centro de Divulgación de Conocimientos Económicos para la Libertad). Aproveché la estadía para, también, sostener una serie de reuniones con académicos universitarios, empresarios, periodistas venezolanos y extranjeros residentes. Se trataba de obtener la mayor información posible para aproximarse a un escenario de la Venezuela real.

La última vez que había estado en ese país fue a comienzos de la década de los noventa. La situación era diferente. No se respiraba el ambiente polarizado del inicio de este siglo, pero sí era evidente un fuerte malestar social en contra del gobierno de Carlos Andrés Pérez, que en su segunda presidencia había intentado impulsar una severa reforma del Estado que trajera a los venezolanos a vivir en la realidad y no el sueño de ser permanentemente ricos gracias a la abundancia petrolera. Dichas reformas habían tenido un fuerte rechazo en lo que se conoció como “caracazo”, en febrero de 1989, con lo cual se había cerrado la posibilidad de impulsar en ese país lo que luego recomendaría el Consenso de Washington para estabilizar las economías de la región.

Pero, en el tiempo en que estuve en Caracas el malestar ya no era por las fallidas reformas económicas, sino por la corrupción que se imputaba al presidente Pérez y a la clase política en general. Camino al hotel, bordeando el Parque Central, el taxi debió detenerse como el resto de los vehículos para dar paso a la comitiva presidencial. Aún recuerdo los duros calificativos del chofer en contra del mandatario, por el cual había votado en las elecciones pertinentes. De paso, recordaba que el pre-

¹⁰ Analista Político, Coordinador del Área de Ciencia Política del Instituto de Estudios y Gestión Pública de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Central. Profesor del M.B.A. de las Universidades Diego Portales, Santiago y Mayor, Sede Temuco. Consejero del Centro de Estudios Estratégicos Alexis de Tocqueville, Buenos Aires.

sidente anterior, Jaime Lusinchi, estaba prófugo en Miami, junto a quien había sido su secretaria, amante y posterior esposa, Blanca Ibáñez, acusados ambos de haberse apoderado de recursos públicos.

Venezuela por aquellos años era presentada como un modelo de democracia estable, donde prevalecía un sólido consenso entre los actores políticos y sociales. Con Jorge Jaraquemada, mi compañero de viaje de ese entonces, éramos entonces investigadores del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile y habíamos ido a ese país, precisamente para adentrarnos en un asunto que nos parecía capital: el haber superado en democracia un escenario de confrontación armada con grupos guerrilleros en la década de los sesenta. Nos sorprendía que en una democracia con gobernabilidad consolidada se estuviesen expandiendo tales expresiones de rechazo a la dirigencia política y tan fuerte cuestionamiento a las instituciones. En los años siguientes asistiríamos a un rápido deterioro de las bases en que descansaba la democracia de ese país. Luego, Carlos Andrés Pérez sería sometido a un juicio político, destituido de su cargo, procesado y sometido a arresto domiciliario.

En 1992, el todavía vigente presidente Pérez debió enfrentar dos intentos de golpe de Estado. En el primero estuvo directamente involucrado, en un rol protagónico, el teniente coronel Hugo Chávez Frías, un hombre de extracción humilde y que personificaba el rechazo a la corrupción que, como en toda la sociedad, también existía en las Fuerzas Armadas. Lo que llamó la atención fue el respaldo o comprensión que la intentona obtuvo en importantes sectores de la población y, por lo mismo, el débil apoyo que la sociedad civil otorgó a la institucionalidad, la que recibió, en todo caso, la adhesión de la gran mayoría de la clase política, con muy pocas excepciones. Entre éstas se contó la del ex presidente Rafael Caldera, fundador del COPEI (Democracia Cristiana), quien ya había elaborado su propia estrategia para retornar al poder, renunciado a su antiguo partido y formado uno de carácter circunstancial donde aglutinó las entonces inorgánicas corrientes desencantadas con el sistema. Ya en la Presidencia de la República, Caldera lograría, a través del desistimiento de las acciones penales correspondientes, el sobreseimiento y libertad de Hugo Chávez y otros conspiradores, lo que posibilitó, sin duda, la proyección del militar golpista en el quehacer democrático-electoral.

A juicio de Neritza Alvarado, en el estallido social de 1989 y en las dos tentativas golpistas fueron tempranamente solidificándose los cimientos del chavismo revolucionario. “La explosión social, aunque inorgánica, que irrumpió en 1989, la identificación o apoyo moral o emotivo de una parte significativa de la población a los intentos de golpes de Estado en 1992, la indignación colectiva frente a la corrupción... fueron factores que minaron al viejo orden democrático en la medida en que los sectores populares, en su mayoría, se rebelaron contra él tras el proceso electoral de 1998 y el proceso constituyente de 1999”.¹¹

Caldera significó, por sus cualidades personales, un paréntesis en las prácticas presidenciales de corrupción. Sin embargo, la gestión económica de su gobierno fue calamitosa. Era, a la fecha, un anciano sin mayores conocimientos sobre economía y las aproximaciones que tenía a ella lo mostraban próximo a los esquemas estructuralistas de los años sesenta en que había gobernado por primera vez. Ciertamente era uno de los más firmes partidarios del Estado rentista, y por esa vía, un reflejo del populismo clásico venezolano. Al fin de cuentas, el factor común entre Chávez y sus antecesores es el rentismo derivado de la riqueza petrolera. En ella se han sustentado, antes y ahora, etapas de crecimiento rápido que estimulan al reparto y no a la generación de una fuente de riqueza permanente no petrolera. Es un problema estructural, descrito acertadamente por un experto: “Los cuantiosos ingresos provenientes del petróleo nos condenan irremisiblemente al despilfarro de esa riqueza, a la distorsión y el desquiciamiento de la economía, al deterioro moral de la población y sus líderes, a la hipertrofia del Estado y al aumento continuo de las desigualdades e injusticias”.¹²

Con quien escribió tal diagnóstico, Aníbal Romero, conversé una mañana de fines de septiembre de 2005, tomándonos un café frente a la célebre Plaza Altamira de Caracas. Es un prestigioso académico liberal y de sólidas convicciones democráticas, que varios años antes que Chávez llegara al poder calificaba al Estado venezolano como populista, lo que ahora veía dramáticamente acentuado al punto que las instituciones democráticas eran tan solo nominales. Sin duda que cobraba actualidad su afirmación de que “en Venezuela lo que hemos tenido es un Estado que sabe repartir pero no crear riqueza y una ideología económica que es incapaz de responder a las exigencias de una economía no rentista”¹³.

¹¹ Alvarado, Neritza: “Populismo, Democracia y política social en Venezuela”, en revista *Fermentum*, n° 44 Mérida, Venezuela, septiembre-diciembre 2005.

¹² Romero, Aníbal: “La miseria del populismo”, Caracas, editorial Panapo, 1996, pag. 24.

¹³ *Ibídem*, pag. 44.

Caldera intentó en la segunda etapa de su última administración, impulsar un plan de estabilización económica, a través de su ministro Teodoro Petkoff, con la llamada “Agenda Venezuela”. Sin embargo, era tarde. En el gobierno no había voluntad política para hacer cambios económicos liberalizadores, por los que el presidente –por lo demás– sentía rechazo, y por lo mismo no existía la credibilidad necesaria en los agentes económicos sobre un cambio de rumbos de Venezuela. La Agenda Venezuela no fue más que una buena carta de intenciones. Una buena descripción de esta administración de Caldera la hace José Vicente Carrasqueño al comentar que “si tuviésemos que denominar el segundo gobierno de Caldera lo llamaríamos el de la extremaunción de la era democrática que comenzó en 1958. Su gobierno tuvo un rendimiento bastante por debajo de las expectativas que despertó en la población. Habiendo desmontado las políticas económicas implantadas por Pérez tuvo que retomarlas en 1996. Se puede decir que este gobierno agotó las reservas de confianza con las que contaba la clase política tradicional”¹⁴.

El presidente no dejaba herederos políticos. Su partido circunstancial carecía de gravitación política y electoral. El escenario económico se mostraba negativo y con ello se incrementaban las presiones sociales ante una institucionalidad política que se encontraba, cada vez más, carente de legitimidad. Se aproximaba la hora de Chávez.

Esta vez no sería necesaria una aventura golpista, sino usar instrumentalmente los mecanismos que la democracia brinda para acceder al poder.

La campaña presidencial de 1998 dejaba en evidencia la extrema debilidad de los partidos políticos, en especial, la de los más significativos en las últimas décadas: la social demócrata Acción Democrática y el demócrata cristiano COPEI. Pero tampoco, los partidos que se habían formado para competir con esos pilares de lo que había sido un tradicional esquema bipartidista, se mostraban con fuerza suficiente, como Causa Radical, el Movimiento al Socialismo, y otros. En cambio sí aparecían figuras independientes, como la ex alcaldesa y ex reina de belleza, Irene Sáez, que por algún tiempo encabezó las encuestas, y el propio coronel Chávez.

¹⁴ Carrasqueño, José Vicente: “Gobernabilidad Democrática y reformas políticas en Venezuela”, en Hofmeister, Wilhelm, compilador, “Reformas Políticas en América Latina”, Río de Janeiro, Fundación Konrad Adenauer, 2004, pag. 404.

La popularidad de Irene Sáez era la expresión de una adhesión de protesta en contra del sistema político tradicional. Ella era independiente y había tenido una gestión exitosa como alcaldesa. Pero bastó que uno de los partidos tradicionales, el COPEI, la proclamara oficialmente como su candidata presidencial, para que rápida y fuertemente comenzara a declinar en las encuestas. Un síntoma claro de que el electorado estaba divorciado de los partidos. A su vez, Chávez, que exaltaba en su perfil sus críticas a la corrupción, a los partidos políticos y planteaba la “refundación” institucional, comenzaba a aumentar su apoyo popular.

Los partidos tradicionales, Acción Democrática y COPEI, en un acto de desesperación que los perjudicó aún más, ante el aumento de la popularidad del ex militar, retiraron su apoyo a los candidatos que habían proclamado y lo entregaron a un independiente, Enrique Salas Romer, que había sido un eficiente gobernador, para de ese modo polarizar lo más posible la elección. Fue, en definitiva, el paso previo para el logro de un categórico triunfo de Hugo Chávez y la crisis de representatividad de los partidos tradicionales.

2. Hugo Chávez en el poder

Cuando en diciembre de 1998 Chávez fue elegido presidente de Venezuela, estaba –junto a Julio Cirino– en La Bersozza, a unos veinte kilómetros de Madrid, en la casa de descanso del periodista español Alberto Míguez, consultor por ese entonces del parlamento europeo. El impacto del hecho era doble: por un lado, la crisis del sistema de partidos venezolanos, lo que ciertamente no era algo repentino; y de otro, el retorno del populismo a la región latinoamericana, lo cual era algo que se daba por superado. En aquel momento veíamos los efectos que ello tendría en Venezuela y lo asociábamos a lo que había sido en Perú el fenómeno Fujimori, donde un outsider de la política había sido elegido tras un prologado periodo de inestabilidad económica e ingobernabilidad política que los partidos políticos no habían sido capaces de enfrentar. No alcanzamos a ver, en ese entonces, las fuertes diferencias entre uno y otro proceso, y en particular no lográbamos visualizar lo que entonces comenzaba, un nuevo tipo de populismo, el populismo radical o populismo revolucionario, tema sobre el cual años después Julio y yo escribiríamos un libro.

En la conversación madrileña teníamos claras las causas que explicaban la irrupción de Chávez: la corrupción endémica que traspasaba diversos gobiernos con ex presidentes prófugos de la justicia y otro destituido a través de un juicio político para posteriormente ser procesado; la percepción ciudadana de la clase política era abiertamente negativa; los problemas económicos agobiaban a una población acostumbrada a la bonanza de los recursos petroleros y que no estaba dispuesta a soportar los efectos de un clima recesivo. El electorado venezolano de aquellos años estaba entregado, mayoritariamente, a la actitud mesiánica que busca un salvador.

Por aquellos años se hablaba de “neo-populismo” y ello era tema de debate en varios seminarios y congresos de ciencia política. Los ejemplos de época que se daban eran los casos de Carlos Menem, en Argentina, de Fernando Collor de Melo, en Brasil y de Alberto Fujimori, Perú. Común denominador era la utilización abundante de los recursos mediáticos como vehículos de comunicación entre el gobernante y la población, pasando por alto las instituciones republicanas e incluso la representación partidista. Sin embargo, en los escenarios mencionados no había una estrategia populista en materia económica, donde –por el contrario– habían impulsado severas medidas de ajuste para frenar los procesos hiperinflacionarios que habían heredado en sus respectivos países.

Chávez era diferente. Sin perjuicio de la utilización del uso de los recursos mediáticos, mostraba como uno de sus pilares de su estrategia de gobierno una política económica fuertemente redistributivista y un discurso nacionalista altamente confrontacional que no se conjugaba con la tendencia globalizadora en la que el llamado “neo-populismo” parecía inserto.

El chavismo irrumpió en las categorizaciones del populismo. Inicialmente, para algunos, era más cómodo asimilarlo al denominado “neopopulismo”, que admitir derechamente algo que en nuestra región suele ocurrir: una regresión al populismo clásico con variantes de radicalización. En la primera línea interpretativa, Kenneth Roberts cree encontrar alguna similitud con el fujimorismo y percibía que ella se daba en la existencia de un patrón personalista y paternalista de liderazgo político; en una coalición política heterogénea concentrada en los actores

subalternos de la sociedad y en la existencia de una ideología amorfa caracterizada por un discurso que exalta a los sectores subalternos.¹⁵ Las diferencias, pese a las aproximaciones, eran de fondo y decían relación con el enfoque económico, donde en un caso –Perú– había políticas sociales de sello clientelar pero que no apuntaba a un cambio hacia un fortalecimiento del Estado o al proteccionismo económico, como sí ocurría desde temprano en la Venezuela chavista, y con la tendencia de apertura a la globalización que se mostraba en el primer caso y en el nacionalismo confrontacional del segundo. Además con el tiempo, Chávez trataría de pasar de una ideología amorfa a otra de mayor contenido: el socialismo del siglo XXI, aun cuando ésta sea un híbrido de marxismo tradicional un tanto gastado, una lectura instrumentalizada de lo que Simón Bolívar pensaba a inicios del siglo XIX, de un difuso cristianismo social, de la simbología del Che Guevara, etc.

En el referido libro que escribí en 2005 –con Julio Cirino¹⁶, y que a su vez fue resultante de varios seminarios en Argentina y Estados Unidos sobre el tema, se entregó una caracterización de populismo revolucionario que resulta aplicable al régimen chavista. Algo de eso describo a continuación.

El populismo chavista, tiene obviamente rasgos que comparte con otras expresiones de populismo, como la existencia de un discurso antipolítico, donde el rechazo a la política aparece como uno de los ejes de la convocatoria, que cae en un terreno fértil en aquellas sociedades donde los partidos y el ejercicio de la actividad política es mal evaluada por la población. Tiene el rasgo, como se ha dicho, de exaltar un estilo mediático de comunicación política en el cual se prescinde de las instancias regulares de mediación, muchas de las cuales son mostradas como ineficientes, para establecer una suerte de diálogo directo entre la conducción y la base. Al decir de Adolfo Gilly: “desarticuladas y deslegitimadas las precedentes representaciones políticas aparecen representaciones transitorias no consolidadas, que no se constituyen a través de las instituciones electorales y de los partidos reconocidos, pero que sí se reflejan en los modos prácticos, cambiantes e imprevistos¹⁷”. Así surge la opción chavista como alternativa de protesta en contra del sistema, y una vez triunfante, ya en el gobierno, tampoco hace esfuerzos por institucionalizarse sino que se articula en torno de la figura del caudillo.

¹⁵ Roberts, Kenneth. “El Neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina”, en Mackinnon María y Petrone, Mario, compiladores: “Populismo y Neo Populismo en América Latina: el problema de la cenicienta”, Buenos Aires, Eudeba, pag. 381.

¹⁶ Benavente, Andrés y Cirino, Julio: “Democracia Defraudada. Populismo Revolucionario en América Latina”, Buenos Aires, editorial Grito Sagrado 2005.

¹⁷ Gilly, Adolfo: “Populismo Radical: un sujeto político no identificado”, Caracas, septiembre de 2004. En www.soberania.info/articulos.

En tercer lugar, muestra una fuerte capacidad movilizadora donde importantes sectores de la población son convocados para dar respaldo social al discurso y a la acción del gobierno. En cuarto lugar, está la conducción personalizada, donde –como en todo populismo– el caudillo demanda incondicionalidad a sus seguidores respecto de sus objetivos. En quinto lugar, hay que anotar la desconfianza en las instituciones, con lo cual estas quedan descolocadas como canales de mediación, por lo que el populismo puede ganar adeptos allí donde las instituciones han entrado en la pendiente del desprestigio y por lo mismo tienen diversos grados de deslegitimación dentro de la sociedad.

Sin embargo, como característica especial suya, está el recurso a la retórica nacionalista, que ha sido fuerte en los primeros momentos del peronismo (cuando era expresión del populismo radical o revolucionario de la época) y del velasquismo peruano. La apelación al sentimiento nacionalista es uno de los vehículos emocionales que la conducción populista establece con la población. Hugo Chávez busca legitimarse históricamente como el actualizador de Simón Bolívar. También, y de manera más universal, el populismo siempre busca enemigos externos que son estereotipados como tales ante la masa para presentar su acción confrontacional como una suerte de gesta épica que puede justificar el sacrificio de prácticas democráticas como el pluralismo. Tales enemigos han sido el “imperialismo” de manera genérica en el pasado, como lo es hoy la “globalización capitalista” y el “neoliberalismo”.

Al decir de Yrayma Camejo respecto de la recurrente invocación a Bolívar, “el bolivarianismo que inspira a este movimiento no conforma una doctrina, ni un cuerpo teórico que pueda utilizarse para solucionar los problemas reales que enfrenta una sociedad, es más bien un espacio en el cual se la asigna contenido metafórico a la sociedad venezolana”. Hugo Chávez se presenta como el continuador del proyecto de Bolívar “interrumpido, sustraído y momopolizado por la clase oligárquica venezolana que excluye el protagonismo popular¹⁸”.

¹⁸ Camejo, Yrayma. “Estado y Mercado en el proyecto nacional-popular bolivariano”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* volumen 8, septiembre-diciembre 2002.

El chavismo, además, tiene una explícita vocación de expandir su influencia. De alguna forma, Perón también lo intentó hacer en sus primeras administraciones con la llamada “Tercera Posición”. Chávez hoy, plantea una confrontación entre los sectores marginados de los países de la región y los sectores que impulsan una economía de merca-

do; entre la voluntad de imperio de Estados Unidos y la vocación de liberación de los “pueblos” latinoamericanos. Su apoyo a la acción opositora, primero, y al gobierno después, de Evo Morales en Bolivia; su respaldo a Ollanta Humala en las elecciones presidenciales peruanas, con el costo de dañar las relaciones con el gobierno, son una demostración de ello. También hay que agregar lo que él expresó en la Cumbre Presidencial de Mar del Plata en que respaldó las movilizaciones sociales de agrupaciones que se expresaban en contra de los llamados esquemas económicos neoliberales. Tales movilizaciones incluyen un claro potencial de violencia agitativa y por lo mismo importan un desafío al orden público de diversos países. Estas movilizaciones tienen explícita o implícitamente contenido antisistémicos y emergen, por lo general, desde sectores que no se sienten interpretados por los actores políticos y sociales tradicionales.

Sobre los rasgos comunes entre el viejo peronismo y el chavismo he conversado varias veces con Julio Cirino y he participado en varios debates académicos en Buenos Aires. En uno de ellos, en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales se planteó el problema. Chávez busca ir más allá de Venezuela, como Perón lo quiso hacer con el suyo al comenzar la década de los cincuenta. Perón, en su Tercera Posición se contraponía al liberalismo y al marxismo, en una mezcla híbrida de ideas nacionalistas, comunitarias, social-cristianas, etc. Chávez, en cambio busca levantar una alternativa ideológicamente universal frente al neoliberalismo, y para ello levanta el denominado “Socialismo del Siglo XX”, que a su vez es una combinación de nacionalismo, cristianismo de la teología de la liberación y la llamada “democracia participativa”. Perón en su momento y Chávez avanzando la primera década del siglo dispusieron de recursos para intentar expandir su proyecto. El militar argentino contaba con los fuertes excedentes de la exportación de carne y grano que se habían acumulado en las reservas de la segunda mitad de los años cuarenta; el militar venezolano, a su vez, cuenta con un robusto excedente de recursos petroleros. En el orden interno, concluíamos en aquel debate universitario, al cual se sumó nuestra editora Rosita Pelz, de la Fundación Atlas, que ambos destacaron y recurrieron al rol crucial del Estado en la implementación de una política económica volcada hacia el proteccionismo y la redistribución de corto plazo, con el argumentario retórico de afianzar la soberanía nacional y alcanzar la justicia social.

En un primer momento, Chávez fue novedoso y atractivo para variados sectores sociales, más allá de sus partidarios acérrimos. Su voluntad de cambio institucional logró, en verdad, interpretar a muchos venezolanos hastiados con un sistema político decadente. Su acción transformadora concordaba con lo que describe Moscoso, “el populismo es un proyecto de futuro contra el presente”¹⁹, en torno a lo cual se articula una movilización. Después, dejó de representar la promesa del cambio, tanto más cuando empezó a llevar a cabo de manera drástica las transformaciones institucionales.

Uno de los rasgos del proceso chavista es el apego a las fórmulas democráticas: la Constitución se cambió a través de una Asamblea Constituyente y luego se contó con la ratificación plebiscitaria. Las elecciones legislativas y de autoridades regionales se verifican cuando corresponde renovar los respectivos mandatos. Cosa distinta es que a medida que las adhesiones se debilitan el gobierno debe enfrentar las imputaciones de fraude. A diferencia de Fidel Castro que llega al poder en Cuba a través de un proceso insurreccional, Hugo Chávez lo hace por la vía electoral, buscando obtener una legitimación electoral para proseguir en su proceso de transformación revolucionaria. De allí que desde el exterior se insista en el perfil democrático de su gobierno.

La democracia es un método para dirimir la competencia política y como tal ha favorecido a Chávez en los pronunciamientos electorales, más allá de las objeciones que se le hacen respecto de acciones fraudulentas. Pero también, y fundamentalmente, la democracia es un medio que está en función de resguardar y promover la libertad personal, lo que sí constituye un fin. Y en esta perspectiva, el gobierno de Chávez está lejos de garantizar el ejercicio de esta libertad, tanto en lo político como en lo económico. De allí que en un escrito publicado en Buenos Aires, junto a Axel Kaiser hablemos de que Venezuela vive una simulación democrática.

El régimen chavista institucionalizó en la Constitución de 1999, elaborada por una Asamblea Constituyente y luego plebiscitada en aquellos primeros momentos fundacionales, las bases de un modelo político y social. En ella se establece un fuerte poder presidencial que legitima formalmente la discrecionalidad y el autoritarismo del poder político, lo que se ve reforzado por los controles difusos y meramente no-

¹⁹ Moscoso, Carlos: “El Populismo en América Latina”, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990, pag. 268.

minales que contempla. Se trata de una Constitución ideologizada cuyo espíritu y contenido no se compatibilizan bien con los principios de pluralismo político.

En el ordenamiento constitucional, no existe un Poder Judicial autónomo. Los nombramientos efectuados por el gobierno le garantizan al chavismo una plena concordancia de los fallos de la Sala Constitucional del Tribunal Supremo de Justicia con sus predicamentos políticos. Son múltiples las evidencias de la politización de los pronunciamientos judiciales, en especial en el terreno económico, donde prevalece una explícita ideología estatista.

Por lo mismo, no existe un Estado de Derecho pleno. La propia Constitución señala que hay un “Estado social de derecho”, en el cual se privilegia un difuso interés social que, en definitiva, es el interés del Estado precisado por el gobierno, por sobre los derechos individuales. Bajo este criterio se relativiza la vigencia del derecho de propiedad y el respeto por la observancia y cumplimiento de los contratos, de lo cual se deriva una absoluta incertidumbre institucional. Difícilmente un inversor trasladará capitales a Venezuela dado el alto riesgo político que implica lo anterior.

En el orden económico, existe una abundante legislación –impulsada por las mayorías parlamentarias con que ha contado el gobierno– que consagra una fuerte intervención del Estado en la economía, lo cual se ve complementado a diario por diversas resoluciones administrativas que institucionalizan la discrecionalidad del gobierno en la materia. Lo que existe es una economía con control de precios y del tipo de cambio, además de enormes subsidios que se otorgan con criterios políticos para sustentar la adhesión al gobernante. Además, Venezuela con Chávez ha profundizado la concepción rentista y no creativa de la economía a la que ya nos hemos referido, donde todo se espera de los dividendos proporcionados por la riqueza petrolera controlada por el Estado.

En los primeros años, el énfasis del gobierno se centró en lo político en detrimento de lo económico y además se dio con un escenario de baja del precio del petróleo y, por lo mismo, de menor redistribución. El descontento comenzó a aflorar, incluso entre quienes le habían res-

paldado. Las movilizaciones dejaron de seguir las consignas revolucionarias y fueron mostrando un perfil que pasó de la disidencia a la oposición. Entonces, el populismo mostró sus rasgos más autoritarios y la democracia representativa se tornó un marco incómodo. Esa primera movilización opositora, que comprenderá parte importante del año 2001, culmina con la presión social que empuja a sectores militares a precipitar la caída del presidente en abril de 2002, por un par de días.

Con todo, el chavismo estaba lejos de haber sido derrotado. Articuló nuevas movilizaciones, manipulando las carencias de los sectores pobres donde logró hacer prender la consigna de defensa del proceso revolucionario. Sería repuesto en el poder por sectores militares que le eran adeptos.

3. Énfasis autoritario y polarización política

Hugo Chávez ha señalado, luego de sus triunfos electorales y de su reinstalación en el poder el 2002, que el proceso que él encabeza tiene el carácter de irreversible. Si bien la historia prueba de manera reiterada y no pocas veces de manera dolorosa, que no hay tal irreversibilidad, en esa afirmación se expresa una vocación no democrática, puesto que en términos prácticos está negando los principios de pluralismo político efectivo y de alternancia en el poder que son pilares básicos de la arquitectura democrática.

Una democracia centrada en la libertad personal apunta a la contención del poder, esto es que la autoridad y el Estado tengan el menor poder posible que sea compatible con una sociedad civil efectivamente autónoma y con una economía que descansa primordialmente en el quehacer del sector privado para potenciar un efectivo y sostenido crecimiento. El gobierno de Chávez hace precisamente lo contrario. Ha concentrado el mayor poder posible. Tiene mayoría en el Congreso Nacional, controla políticamente al Poder Judicial (derogando en los hechos la autonomía de este). Ha promulgado una ley restrictiva de la libertad de expresión por la cual se faculta al gobierno para suspender las emisiones de los medios que se estime estén favoreciendo comportamientos “golpistas”, situación que no queda jurídicamente bien precisada y, por lo tanto, será de aplicación discrecional de la autoridad. Desde luego esta es una forma para controlar políticamente cualquier

oposición o disidencia. Por el contrario, una democracia plantea la necesidad de contar con una opinión pública con sentido crítico que pueda expresarse libremente a través de los medios de prensa. Esta es la forma de garantizar una real vigencia del pluralismo político y social.

Reinstalado en el gobierno, comienza una nueva etapa, más ideológica, más confrontacional y con un remozado proyecto político: la construcción del socialismo del siglo XXI. Este, empero, no sería la obra de ninguna vanguardia –como se diría en el lenguaje de la izquierda sesentista–, sino en lo que es típico del populismo: en una orgánica de conducción caudillista a la cual se le entregaban tareas revolucionarias: los llamados Círculos Bolivarianos. El gobernante cree en ellos porque los percibe como una articulación de redes sociales que responden a su persona y no a intermediarios políticos, aunque estos sean partidarios suyos. Él lo afirma claramente: “Quizás la solución para construir el instrumento político que necesitamos, sea crear una instancia que vaya más allá de los partidos y que proponga un bloque popular bolivariano”... “Es ese movimiento el que va a garantizar, por encima de todos los riesgos y peligros, la consolidación del proceso revolucionario”²⁰.

La sobreideologización que vive Venezuela en la medida en que se afianza el chavismo, se percibe en todas partes: en las movilizaciones sociales de los partidarios del gobierno, en los frecuentes seminarios internacionales que el gobierno auspicia, hasta en el Aeropuerto Internacional Simón Bolívar de Caracas, en cuyas librerías se entra en reversa en el túnel del tiempo. Los libros guerrilleros del Che Guevara, los de Fidel Castro de los años de la Tricontinental, la literatura de la ya anciana Marta Harnecker, están allí como si fuesen novedad editorial, como si el socialismo real no hubiese colapsado a fines de la década de los ochenta. Me acuerdo haber adquirido allí, en septiembre de 2005, el libro “Rebelión en Proceso”, conteniendo recomendaciones sobre cómo hacer más efectivo el funcionamiento del poder popular.

Lo leí en Curazao, donde tuve tiempo porque una huelga aeroportuaria retardó mi regreso a Venezuela. Avanzar en sus páginas producía una sensación extraña. Era mezclar elementos históricos (Chile había vivido la experiencia entre 1972 y 1973 en que se enfatizaba desde grupos gobiernistas la tesis del poder dual (a la cual se había opuesto inicialmente), con una ideologización confrontacional rígida y dogmá-

²⁰ Harnecker, Marta: “Hugo Chávez, un hombre, un pueblo”, Caracas, sin pie de imprenta, 2002, pags. 205 y 215.

tica que no podía conciliarse con una etapa de apertura económica, de avance tecnológico, de realismo político. Qué distante y diferente aparecía situado Hugo Chávez, de hombres de izquierda de su tiempo, como el brasileño Luis Ignacio Da Silva y el chileno Ricardo Lagos.

En el referido libro se aludía a la creación de los Comités de Tierra Urbana (CTU), los que “se han ido convirtiendo en la estructura más sólida y emblemática en la construcción del poder popular, dándose ellos mismos las claves fundamentales para el desarrollo de una nueva territorialidad”. La llamada nueva territorialidad es concebida como germen de un poder alternativo, que no se contrapone al institucional mientras éste lo encabece Chávez, pero que en caso contrario se plantea como poder dual revolucionario. La nueva territorialidad, entre tanto, es la “práctica concreta de la democracia directa, callejera y el desarrollo de comunidades autogestionadas y de autodefensa”, pues al fin de cuentas “las periferias se alzan y cualifican su resistencia hasta convertirlas incluso en un elemento clave para la defensa militar y masiva – pueblo en armas– del proceso revolucionario”²¹.

Cuando el gobierno habla de institucionalizar el Poder Popular en una democracia “participativa” está afirmando que la toma de decisiones se hace sobre la base de una suerte de diálogo directo entre el gobernante y las organizaciones sociales reconocidas como interlocutoras válidas, no existiendo mediaciones de las instituciones formales, como el Congreso Nacional. La consigna es transferir las decisiones a las comunidades organizadas y convertir al gobierno en un instrumento del pueblo. El punto es que el criterio básico de organización y articulación de dichas comunidades es ideológico y se mide por su adhesión o no al “proceso revolucionario”. El pluralismo político claramente no está contemplado allí.

Cierto es que Chávez no se plantea como lo hacía Castro en los sesenta, apoyando a los grupos insurreccionales armados, sino que lo hace dando respaldo político a grupos que protagonizan movilizaciones sociales rupturistas...

Otro factor que agudiza en grado extremo la polarización que vive Venezuela es la modificación a la Ley de la Fuerza Armada Nacional, para crear la Guardia Territorial como complemento de la reserva. En

²¹ Denis, Roland: “rebelión en proceso”, Caracas, ediciones Nuestra América Rebelde, 2005, pag. 30.

un largo almuerzo en su casa de Caracas –mientras llovía copiosamente– el periodista Manuel Malaver me explicó esta reforma que el gobierno la hizo aparecer como uno de los habituales cambios de legislación.

Dicha guardia pasa a estar conformada por los excedentes de la reserva que voluntariamente se presten a cumplir, organizadamente, funciones de resistencia local ante una eventual invasión. Obviamente esta modificación se da en el contexto de radicalización de la postura del gobierno de Chávez en contra de Estados Unidos. Los componentes de la Guardia actuarán de manera incógnita, “trabajando en forma oculta en la defensa integral de la nación”. En otros términos serían parte de una guerrilla irregular, tomando como ejemplo la resistencia del pueblo de Irak a la invasión de Estados Unidos. Si bien se establece que la Guardia Territorial se activará en el momento de la invasión “y una vez que los invasores sobrepasen la fuerza activa y a la reserva (es decir a la Fuerza Armada), se genera la inquietud que dicho cuerpo que recibirá “orientaciones” ideológicas termine operando en contra de la oposición en un ambiente de extrema polarización.

Me agregaba Manuel que a esta Guardia que se institucionalizaba, había que agregar los Batallones de Defensa Popular –derivados de los Círculos Bolivarianos–, los que son concebidos como un germen de poder dual respecto de las Fuerzas Armadas. Se daba así el dramático problema de espiral de polarización que inevitablemente conduce a escenarios de confrontación violenta.

Malaver cuando joven había estado en el Chile de Allende de los inicios de la década de los setenta. Se había entusiasmado con un proceso revolucionario que decía compatibilizarse con la institucionalidad. Había conocido cómo en medio de dicho proceso había surgido desde algunos actores la propuesta de construcción del poder dual y le había parecido entendible dentro de la aceleración misma de un proceso transformador de estructuras fundamentales de la sociedad. Ahora, en cambio, no sólo viendo cómo la experiencia chilena había desembocado en un largo período autoritario, sino además percibiendo fenómenos universales como el colapso de los socialismos reales y la valorización universal de la democracia, se angustiaba de ver cómo la Venezuela de Chávez recorría los mismos pasos –como en una tragedia griega– en un camino cuyo final, más tarde o más temprano, se conoce en su violencia y en su dolor.

Después de la finalización del paro de PDVSA y de realizado el referéndum revocatorio, Chávez se había fortalecido y la oposición debilitado. El gobierno pudo tomar el control efectivo de la petrolera estatal a través de un despido masivo de ejecutivos y trabajadores; de la depuración de la Fuerza Armada, donde salieron los elementos disidentes, de la limitación de autonomía del Banco Central para hacer uso directo de parte importante de las reservas internacionales. A su vez, la oposición se encontraba desmoronada anímicamente: había fracasado en su objetivo de derrotar a Chávez a través de los mecanismos establecidos en su propia institucionalidad; sus componentes, en especial los políticos, estaban profundamente fraccionados y en medio de un escenario de recriminaciones entrecruzadas, el abstencionismo ganaba terreno como protesta en contra del sistema, pero sin reparar que la abstención en términos prácticos favorecía al gobernante.

La oposición de los años 2005-2006 no era la de los años anteriores. En el último bienio era un abanico, no necesariamente coherente, de varios actores. Había sido en cambio, entre 2001 y 2004 “un conjunto muy diverso de organizaciones sociales y políticas que habían ido creciendo y desarrollando una acción común bajo la coordinación de una organización paraguas llamada Coordinadora Democrática de Acción Cívica”, donde se agrupan desde “el sector empresarial organizado en Fedecámaras, hasta partidos políticos como Acción Democrática o Primero Justicia, pasando por sindicatos de trabajadores reunidos en la Confederación de Trabajadores de Venezuela²²”. Este polo se enfrentaba al chavismo que puede ser diverso en sus formas organizativas (Movimiento Quinta República, Partido Patria para Todos, Partido Comunista, Podemos –un desprendimiento del MAS–, los Círculos Bolivarianos, los Comités de Tierras Urbanas, etc. A éstos, en cambio, los homologaba el ejercicio o la cercanía del poder.

En el viaje de septiembre de 2005 a Venezuela, me acompañó quien ese entonces era mi asistente de investigación, y egresado de derecho, Axel Kaiser. Tuvo una participación destacada tanto en la presentación del libro “La Democracia Defraudada”, como en otras reuniones. Llamaba la atención la claridad y profundidad de su exposición, así como su edad –24 años en ese entonces–, y eso motivó que, a instancias de Julieta Fernández, nos reuniéramos en su casa con jóvenes dirigentes de Acción Democrática. El tema fue indirectamente Chávez. El punto

²² López Maya, Margarita: “Venezuela 2001-2004: actores y estrategias”, en Cuadernos del CENDES n°56, Caracas, mayo-agosto 2004.

central de la conversación fue un descarnado diálogo con los jóvenes que se asombraba del espacio que tenía Axel para dar a conocer sus puntos de vista, el que lo comparaban con las nulas o muy pequeñas posibilidades que los partidos políticos tradicionales de Venezuela brindaban a los jóvenes para asumir roles dirigenciales o de vocería. Tendían a reproducir una dirigencia oligárquica y gerontocrática desde la cual se coopta a los nuevos componentes de la élite. Así nos dimos cuenta, en terreno, de un serio problema que entraba a la oposición venezolana y por esa vía también, de un factor que contribuye fuertemente a la prolongación del chavismo en el poder.

A causa de esa reunión, Julieta escribiría un sombrío diagnóstico sobre la clase política venezolana. Afirmaba que “la competencia muchas veces desigual que se le presenta a la juventud venezolana ante la poca generosidad de sus predecesores que tomando como bandera la experiencia no permiten que esa generación de relevo salga adelante, es lo que la tiene afixada y está permitiendo la fuga de mentes brillantes que desesperadamente necesitamos en nuestro país. Es tiempo de ceder el paso... la experiencia sirve para ayudar y respaldar ese material humano, mas no les da derecho de negarles un espacio a aquellos jóvenes que han sabido demostrar con hechos lo que se puede lograr”²³.

4. La expansión del chavismo

La irrupción en los últimos años del fenómeno del populismo revolucionario y la búsqueda de protagonismo regional por el chavismo es otro de los temas que ha motivado la realización de numerosos seminarios internacionales. Claramente el populismo revolucionario o radical es un factor desestabilizador de las democracias en América Latina.

El populismo revolucionario como fenómeno general y el chavismo como expresión concreta instrumentalizan diversas expresiones de crisis que tienen algunos países de la región que pueden ser de tipo económico o de legitimación precaria de las instituciones. Como respuesta a ellas, el chavismo plantea los pilares de una estrategia de desarrollo. Uno de ellos es que el Estado pasa a tener un papel protagónico en el ámbito productivo, donde controla la cadena desde el suministro de materias primas, la manufactura y la transformación, hasta la distribución y colocación del producto. El empresariado privado subsistente

²³ Fernández, Julieta: “Tiempo de Jóvenes”, en portal electrónico “El gusano de luz”, Caracas, 19 de octubre de 2005.

deberá compatibilizarse con este modelo, es decir, jugar un rol secundario y fuertemente dependiente del Estado. De alguna manera es un retorno a los años sesenta donde prevalecía en América Latina la visión de un desarrollo hacia adentro, con énfasis en la producción local, con el consiguiente proteccionismo y, por lo mismo, con empresas poco competitivas. Desde luego se apunta al reemplazo del actor empresarial, por otro que, más que su creatividad para generar nuevas riquezas, tenga habilidades para ser gestor ante el Estado.

Lo anterior importa el fortalecimiento de la presencia del Estado en sectores importantes de la economía, como la banca y el sistema de pensiones y de salud. A través del control de la banca se busca controlar a las empresas a través del otorgamiento del crédito bajo criterios políticos. Además, el Estado mismo comienza a jugar un rol empresarial directo al ser el principal importador de productos básicos con dólares oficiales y sin pagar aranceles, con lo cual introduce un factor de competencia desleal con los privados.

Si bien en la elaboración teórica y política la construcción de un modelo como éste –que no es sino retroceder, como en el túnel del tiempo, al más arcaico estructuralismo– las diferentes piezas pueden ensamblar, en la práctica se visualiza un esquema con muy poca viabilidad en el largo plazo. En efecto, la sustentación del gobierno de Chávez es la existencia de fuertes ingresos petroleros que quedan a disposición del Estado. Pero, bien se sabe que una de las vulnerabilidades importantes de la economía venezolana es su dependencia de los ciclos del precio del petróleo. No se contempla la generación de riqueza adicional y menos aún de parte del sector privado, pues el rol del empresario es mal mirado y hostigado. En definitiva, el modelo chavista no es viable pues es incompatible con una economía globalizada. No son tiempos para la autarquía económica.

Para el chavismo “la globalización es un fenómeno de lucha de clases, de rompimiento de los límites sociales que la clase obrera había impuesto al capital en forma del Estado de bienestar en los países centrales del capitalismo, y en la forma de desarrollismo y populismo en América Latina”²⁴. En este contexto, el gobernante venezolano, personaje mesiánico que en el plano internacional se siente portador de un mensaje de “liberación de injusticias”, comunica un discurso en que se

²⁴ Hollowaym John, compilador: “Clase=lucha. Antagonismo social y marxismo crítico”, Caracas, ediciones Vadell hermanos, 2005, pag. 107.

sitúa como líder de los sectores pobres que se sienten “explotados por el capitalismo salvaje”, más allá de las fronteras de su país. En este mismo sentido hay que inscribir su apoyo político a las expresiones guerrilleras colombianas y su respaldo a las movilizaciones rupturistas que en Bolivia terminaron con el gobierno de Sánchez de Lozada. Las vinculaciones del chavismo con organizaciones antisistémicas o simplemente rupturistas de diversos países de la región constituyen un dato que no puede ignorarse. El estilo confrontacional de Chávez en la política internacional ha venido a reemplazar al que otrora ejercía muy directamente Fidel Castro –su gran aliado– que nunca se preocupó mayormente, al igual que el Presidente venezolano, por respetar el principio de no intervención. Ciertamente los tiempos actuales no son propicios para la estrategia insurreccional que apoyaba Cuba, pero sí para estructurar una red de actores que vayan creando en sus respectivos países situaciones de ingobernabilidad. Por esta vía, más que capturar el poder político, lo que persiguen es inhabilitar todo el esquema económico que parezca de mercado.

Los estallidos sociales se dan en escenarios en que la estructura institucional es débil. La primera señal de que ellos vendrán es cuando en el país se generan climas de descontento social, las más de las veces originados en crisis económicas que agudizan el desempleo y las carencias sociales. Además, los actores políticos tradicionales van perdiendo progresivamente legitimidad como interlocutores. Es aquí donde surgen los actores del populismo radical que instrumentalizan aquella problemática para cuestionar tanto el manejo de la economía como la conducción del sistema institucional. En la medida en que el descontento crece y alimenta movilizaciones cada vez más confrontacionales, principios que son elementales en una democracia como es la vigencia del Estado de Derecho, la estabilidad del orden público económico y el ejercicio pacífico y competitivo de la actividad política pasan a ser relativizados. La democracia efectiva va perdiendo sentido.

Se inscribe en el propósito populista radical de Chávez de apoyar las movilizaciones sociales desbordadas que culminan en estallidos sociales, en que hay nuevos criterios de protesta que se diferencian drásticamente de las huelgas sindicales clásicas y de la acción insurreccional armada. En ellas se articulan movimientos contestatarios en función de promover agitación para tensionar al máximo la gobernabilidad del sistema. Tras

estas movilizaciones hay nuevos actores tales como movimientos autónomos de los partidos políticos e incluso de la izquierda radical tradicional y que se forman a partir de demandas sociales y económicas concretas que después politizan y radicalizan. Ejemplos son el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, la Confederación de Nacionalidades Indígenas en Ecuador, el Movimiento Piquetero en Argentina (que comprende, en verdad, una gran variedad de expresiones), el Movimiento de los Sin Techo en Paraguay, los cocaleros bolivianos, etc.

Por cierto que es inquietante que los partidos políticos sean sobrepasados por estos movimientos donde el populismo radical penetra fácilmente. Es verdad que son los propios partidos y la misma actividad política la que no ha sabido adecuarse de manera oportuna y eficiente al proceso de transformación social que viven nuestros países en términos de fortalecimiento de la sociedad civil (compuesta por individuos y no por masas). Protagonistas de un proceso de farandulización de la política, los partidos han contribuido en algunos países de América Latina al debilitamiento de la democracia y de la credibilidad del sistema institucional, favoreciendo directa o indirectamente los liderazgos populistas y, en caso de crisis económica-social, la proliferación de movimientos sociales contestatarios.

En marzo de 2004, en un seminario realizado en Miami por la Universidad Internacional de Florida, al ser abordado el problema del populismo radical, se aludió a sus efectos en la región a través de la acción expansiva del chavismo. Inicié una fructífera conversación en un cálido inicio de primavera en esa ciudad con Max Manwaring, profesor del Strategic Studies Institute, que después proseguiríamos en una visita suya en Santiago de Chile.

El problema que mostraba la región era el de la fragilidad de algunas democracias. Ello debido a la explosión de estallidos sociales que terminaron desbordando los cauces institucionales y precipitando cambios bruscos de gobierno, los que, por darse dentro del procesalismo constitucional, no fueron considerados atentatorios a la estabilidad democrática. Al fin de cuentas, al presidente caído lo reemplaza el vicepresidente o, a falta de éste, alguien que, nombrado por el Congreso Nacional, asume como gobernante provisional. En estos casos, tras el funcionamiento formal de los mecanismos sucesorios se esconde la fra-

gilidad de las democracias que en el fondo son extorsionadas por las movilizaciones rupturistas.

Concordábamos con Manwaring que una peligrosa señal de precariedad democrática la constituía el que actores políticos o entidades internacionales que pueden detectar el riesgo no intervienen en su defensa, argumentando que no hay un atentado en contra del sistema, o de otra parte, reaccionan negativamente si la autoridad afectada por la subversión social recurre a la represión, cuestión legítima en todo ordenamiento social si ella descansa en la ley; apoyando de esta manera oblicua a los grupos violentos. En la valoración de la vigencia de un régimen democrático hay que ir más allá del procesalismo electoral para testear también la observancia por la autoridad de la vigencia del Estado de Derecho y el respeto a la libertad personal. Al fin de cuentas de lo que se trata es de evitar que, con el ropaje de una pseudo-democracia plebiscitaria se oculten prácticas totalitarias que además pueden ser un factor de inestabilidad institucional a nivel regional.

5. Conclusión

Venezuela presenta a la fecha, mediados de 2006, el siguiente escenario.

En primer lugar, tiene una gobernabilidad afianzada pues tiene a su favor una muy buena coyuntura económica que le permite en lo inmediato aplicar políticas monetarias expansivas, algo propio del populismo, con lo que satisface diversas demandas sociales de solución inmediata e inyecta abundante circulante a la economía, lo que se traduce en un incremento del consumo. Este rasgo se compatibiliza con el tradicional sentido rentístico del país, acostumbrado a los ingresos fáciles proporcionados por el petróleo.

En segundo lugar, la oposición contribuye a su vez a tal clima, por su dispersión en varios actores que mantienen disputas de liderazgos y por que no tiene, como ocurrió en años anteriores, una convocatoria masiva en la población. Hay en ella una fuerte tendencia abstencionista que esgrime como razón la falta de garantías que se otorgan desde el gobierno. Sin embargo, a la hora de sumar los votos, la abstención –dado que no hay crisis de gobernabilidad– no hace sino consolidar el poder del chavismo.

En tercer lugar, el Estado de Derecho es precario. No hay respeto por la vigencia de los contratos, sino por el contrario existe un alto riesgo expropiatorio en diversos sectores de la economía. La discrecionalidad de la autoridad para modificar los impuestos y en general para alterar los marcos regulatorios hace que el clima de negocios esté marcado por una alta volatilidad en las reglas del juego.

En cuarto lugar, la economía es vulnerable aunque esto sea leído como paradójico. De un lado hay un reiterado crecimiento económico en virtud del alto precio internacional del petróleo, el cual no va ni a ahorro ni inversión en infraestructura, sino a gasto corriente y a financiar planes políticos exteriores del gobierno de Chávez. Venezuela no ha aprovechado los años de bonanza petrolera para transformar las bases de su economía a fin de hacerla menos dependiente de los precios de ese recurso. De otra parte, la incorporación de los mayores ingresos a gastos permanentes genera a mediano plazo escenarios de mayor vulnerabilidad en la eventualidad de que el precio del crudo baje, poniendo fin al ciclo expansivo.

En quinto lugar, el clima de negocios es negativo por la concurrencia de diversos factores tales como la excesiva intervención del Estado en la economía, el precario respeto a la propiedad privada y la relativización del cumplimiento de los contratos. Además hay una constante intimidación política al sector empresarial, en especial a los inversores externos. En este contexto hay que señalar que el Poder Judicial está controlado políticamente por el gobierno con lo que no ofrece garantías de imparcialidad en sus resoluciones.

En sexto lugar, finalmente, en lo relativo al manejo de las relaciones internacionales, éste se encuentra determinado por la directriz ideológica del gobierno, primando los criterios de confrontación con los países que considera sus enemigos, Estados Unidos entre ellos, y el propósito de instrumentalizar políticamente los recursos petroleros en el proyecto de construir una posición hegemónica en la región, para lo cual no se tiene mayor problema en intervenir directamente en asuntos internos de otros Estados, sea respaldando a gobiernos (Argentina y Bolivia), sea estimulando a actores opositores (el explícito apoyo a Ollanta Humala en Perú).

Bibliografía

Libros

Benavente, Andrés y Cirino, Julio: “Democracia Defraudada. Populismo Revolucionario en América Latina”, Buenos Aires, editorial Grito Sagrado 2005.

Moscoso, Carlos: “El Populismo en América Latina”, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1990.

Denis, Roland: “Rebelión en proceso”, Caracas, ediciones Nuestra América Rebelde, 2005.

Hofmeister, Wilhelm, compilador, “Reformas Políticas en América Latina”, Río de Janeiro, Fundación Konrad Adenauer, 2004.

Hollowaym John, compilador: “Clase=lucha. Antagonismo social y marxismo crítico”, Caracas, ediciones Vadell hermanos, 2005.

Mackinnon María y Petrone, Mario, compiladores: “Populismo y Neo Populismo en América Latina: el problema de la cenicienta”, Buenos Aires, Eudeba.

Romero, Aníbal: “La miseria del populismo”, Caracas, editorial Panapo, 1996.

Artículos

Alvarado, Neritza: “Populismo, Democracia y política social en Venezuela”, en revista Fermentum, n° 44 Mérida, Venezuela, septiembre-diciembre 2005.

Camejo, Yrayma. “Estado y Mercado en el proyecto nacional-popular bolivariano”, en Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, volumen 8, septiembre-diciembre 2002.

Carrasqueño, José Vicente: “Gobernabilidad Democrática y reformas políticas en Venezuela”, en Hofmeister, Wilhelm, compilador, “Reformas Políticas en América Latina”, op. cit.

Fernández, Julieta: “Tiempo de Jóvenes”, en portal electrónico “El gusano de luz”, Caracas, 19 de octubre de 2005.

Gilly, Adolfo: “Populismo Radical: un sujeto político no identificado”, Caracas, septiembre de 2004, en *www.soberania.info/articulos*.

López Maya, Margarita: “Venezuela 2001-2004: actores y estrategias”, en Cuadernos del CENDES n° 56, Caracas, mayo- agosto 2004.

Roberts, Kenneth. “El Neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina”, en Mackinnon María y Petrone, Mario, compiladores: “Populismo y Neo Populismo en América Latina: el problema de la cenicienta”, op. cit.